

RECOGIDO EN "De esto

y de aquello" tomo III

La nube de la guerra o la Elea de Eurípides.

(Disertación de un helénista sobre un tema de actualidad)



La guerra de Troya, que con sus fulgores de epopeya llena toda la antigüedad clásica greco-latina, prolongándose sus arreboles de ocaso hasta la edad media, fué provocada, nos lo dice Homero, por haber París robado a Helena, la esposa del rubio Menelao. Por una mujer, prodigio de hermosura, se encendió la más legendaria guerra que han visto los siglos.

Cuenta la Iliada, en su segundo canto, que cuando al prepararse el singular combate entre París, el rapto de Helena, y Menelao, su esposo burlado, siendo ella el premio del duelo y la paz su consecuencia, acudió la hermosa a presenciarse desde una torre que dominaba a la puerta Escea, la lucha entre los dos que se la disputaban, al verla llegar los ancianos troyanos exclamaron: «no hay que indignarse de que sufran tantos dolores, durante tanto tiempo, los troyanos y los bien equipados agneos por semejante mujer; se parece terriblemente a las diosas inmortales.» (Iliada, II, 156-158).

No les sorprendía a los ancianos de Troya que pelearan tan encarnizadamente dos pueblos por una mujer que se parecía terriblemente — *aiños* — a las diosas inmortales. Y en ella, en Helena, la hija de Júpiter y de Leda, la terriblemente hermosa, debemos ver un símbolo de la Hermosura, un símbolo más bien de la cultura helénica, de aquella cultura por la que siempre pelearon los griegos y que tan egregiamente hizo Tucídides definir a Pericles, en las palabras que puso en boca de éste en su oración por los muertos del campo de batalla.

Una concepción muy estrecha de la historia, la que se ha llamado la explicación materialista de ella, se empeña en buscar el origen de las guerras todas en el estómago, en móviles económicos y no ver que suelo lucharse tanto o más que por el pan del cuerpo por el pan del espíritu, por afirmar y sostener y ensanchar la personalidad. No se guerra sólo por abrir y ensanchar y asegurarse mercados a cañonazos y matar a cañonazos la competencia industrial y mercantil, se guerra también, y acaso más principalmente por afirmar, tal vez imponiéndola a otros, una cultura, que suele culminar en una lengua. Se guerra por una Helena.

Y de otro lado acaso sea una de las más profundas concepciones de la guerra la concepción estética, expresada también por Homero, cuando en el canto VIII de su Odisea, versos 579 y 580, nos dice que los dioses tramaron la guerra de Troya y urdieron la muerte de tantos hombres para que tuviesen los venideros argumento de canto. Es decir, que la guerra es para la epopeya.

Se va Homero y con él la concepción homérica de la vida y de la guerra, corren los siglos y llega el sofista Eurípides. Y el sofista Eurípides, hombre sutil y escéptico, escribe una tragedia sobre Helena y nos da en ella otra versión de la guerra.

Según el sofista Eurípides, Helena, la verdadera Helena de carne y hueso, la esposa real del rubio Menelao, ni fué robada por París ni estuvo en Troya ni ocasionó, por sí, la guerra. La verdadera Helena fué llevada por una diosa a Egipto, junto a Proteo, y aquella que robó París, por la que peleó con Menelao, la que vieron los ancianos de Troya sentada en la torre que dominaba a la puerta Escea, no fué sino un simulacro, un fantasma, algo etéreo, una nube, en fin.

«Una nube! Así nos lo dice. Una nube, *nephele!* En la tragedia euripidiana Helena, cuando Menelao le dice al mensajero que habían sido engañados, que no lucharon por la verdadera Helena, su esposa, sino por una triste imagen de nube, el mensajero exclama (versos 706 y 707): «¿qué dices? ¿hemos sufrido en vano por una nube?» y más adelante este mismo mensajero (versos 711 y siguientes), se lamenta de lo mudable e inescudriñable que es la Divinidad, de cuán difícil es saber la verdad y de cómo les tuvo engañados respecto al verdadero objeto de la larga, cruenta y dolorosísima lucha.

Aquí tenemos la versión, que recogíendola de alguna oscura leyenda, nos da el sagaz y escéptico sofista

acerca de la verdadera causa de la guerra de Troya y de como Helena, la terriblemente hermosa, la que siendo hija de Júpiter era como una diosa, no fué sino una nube, un fantasma etéreo. Helena, la cultura helénica, por la que lucharon agneos contra troyanos, no fué sino una nube. La verdadera Helena, la de carne y hueso, la tangible, se estaba entretanto en Egipto, junto a Proteo, lejos de Troya y del campo de batalla.

¿No os abre amplísimos, pero muy tristes horizontes, esta terrible explicación escéptica que el gran sofista trágico nos da de la guerra de Troya? ¿No será así con las guerras todas?

Los hombres no luchan sólo por el pan, por el mercado, por el negocio; tal vez ni aún luchan principalmente por él, digan lo que digieren los discípulos de Carlos Marx. Los hombres luchan por la personalidad. El hombre culto, el pueblo culto, no se resigna a que le despersonalicen hartándole de bienes materiales; prefiere morir, aunque sea de hambre, defendiendo su personalidad. Yo, el verdadero yo, el que se cifra en un alma y ésta en un lenguaje, no lo sacrificaré nunca a mi estómago. Ningún pueblo que haya llegado a tener alma, que haya llegado a ser nación, verdadera nación, a ser un yo colectivo, un nosotros vivo, se vende ni se deja aplastar por salvar el comedero. Se pelea siempre por Helena, por una Helena cualquiera, rubia o morena, de nariz aguileña o remanada, más que por la despensa. Se pelea por una cultura.

Y por una cultura, o mejor por sendas culturas, pelean hoy ingleses, franceses, rusos, belgas, alemanes, austriacos, serbios, montenegrinos y japoneses. Hasta aquellos individuos de estos pueblos que menos to saben o lo sospechan, hasta los que más creen pelear por otra cosa o sólo porque así les mandan, luchan por una Helena, por una cultura, por una personalidad. Luchan por el principio de las nacionalidades los unos, por el del imperialismo los otros, por el de la personalidad colectiva todos. Y hay personalidad colectiva, étnica, que sabe que no puede conservarse intacta sino imponiéndose. Hay veces en que el invadir es defenderse. Pero los otros no se resignan a ser invadidos, a perecer para que el invasor se conserve.

Frente al hombre de presa y de dominación de Nietzsche, frente al *Uebermensch*, al sobre-hombre, que sólo mantiene su personalidad imponiéndola y absorbiendo las de los demás, se levanta el hombre, el que ni es ni quiere ser más que hombre, pero todo un hombre, un hombre en su puesto — *the right man in the right place* — que deja a los demás hombres su sitio al sol. Y en cuanto a las lenguas, supremo exponente de las respectivas culturas, que luchan ellas entre sí. Bien entendido que si una lengua cualquiera, la lengua A, es en sí y por sí, menos accesible, menos flexible, menos viable, que otra cualquiera lengua, sea la lengua B, no sirve querer meter aquella a cañonazos. Las declinaciones, que han desaparecido, de casi todas las modernas lenguas culturales, no cabe enseñarlas con ametralladoras.

¿Y si esa Helena, si esa Cultura terriblemente hermosa por la que pelean unos y otros pueblos, no fuese más que una nube — *nephele* — como se lamentaba el Mensajero de la tragedia del sofista Eurípides?

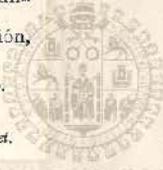
¿Habéis leído el libro de Norman Angell, «La gran ilusión»? Pues hay una ilusión todavía mayor que aquella a que Norman Angell se refiere. Hay la terrible ilusión de la personalidad. La individual, la de cada uno de nosotros, es pasajera, tal vez aparente, nebulosa, etérea. ¿No lo será también la de un pueblo? ¿No será Helena, y con ella la Tierra que la sustenta, una nube y no más que una nube? ¿Y merece una nube que se pierda por ella la vida?

¡Ah! es que la vida misma es otra nube, una ilusión, un sueño. Y luchar es soñar.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, septiembre, 1914.

Dib. de Málaga Grand.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S